

Françoise
Bourdin

Un secreto inconfesable

Una historia familiar impregnada
por los aromas del sur de Francia

Traducción:

ISABEL GONZÁLEZ-GALLARZA



MAEVA

1

Daphné se decidió por dos botellas de Picpoul. Después de todo, Max bebía el vino blanco como si fuera agua; sería perfecto para el aperitivo. Se quedó un momento dubitativa ante el estante, y por fin añadió una botella más. Siempre había mucha gente en La Jouve, nunca se sabía de antemano quién se apuntaría a cenar. Por supuesto, Max no perdería ocasión de recordarle que era una más de la familia y que no tenía necesidad alguna de llevar nada, pero, de alguna manera, todos esperaban que Daphné se ocupara del vino. Que diera su opinión, les hiciera descubrir nuevos viticultores y se encargara de los pedidos. Gracias a ella, en los sótanos de La Jouve envejecían muy buenos caldos, preservados por una temperatura constante.

Mientras guardaba las botellas en un protector de cartón ondulado, se le vino una sonrisa a los labios. Dejar Montpellier y tomar la carretera de los bosques era bastante agradable con ese calor que no daba tregua, pese a que ya hubiera llegado el otoño. Casi cada noche, Daphné renunciaba a volver a su estudio abuhardillado, donde se asfixiaba. Y donde, a veces, la soledad se le hacía difícil de soportar.

Con un gesto mecánico se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Llevaba la media melena suelta, y se sentía orgullosa de sus reflejos de ámbar. No era alta, y lo compensaba manteniéndose siempre muy erguida, con un porte altivo que podía confundirse con cierta arrogancia. En su rostro de rasgos finos

destacaban sobre todo sus ojos de gata, dorados, chispeantes y luminosos.

—¿Vas a La Jouve esta noche? —le preguntó Dimitri desde el umbral de la tienda.

Entró, y enseguida fue como si ocupara todo el espacio. Avanzó con cuidado entre los mostradores y fue a ver lo que Daphné estaba embalando.

—No va a estar frío para la cena —comentó.

—Pues lo tomaremos otro día.

—Eso seguro. Con lo que se bebe allí...

—¡Como si tú no bebieras!

—Lo mismo digo.

Dimitri esbozó una media sonrisa que le formó hoyuelos en las mejillas, y luego le propuso:

—¿Vamos en tu coche? El mío está en el taller.

—Y te da pereza ir a buscarlo, ya lo sé. ¿A no ser que ya no te quede ningún punto en el carné?

Le entregó el vino y recogió su bolso, que había dejado junto a la caja registradora. Antes de salir apagó el aire acondicionado y las luces, sabiamente colocadas para realzar las etiquetas de las botellas, y bajó tres cuartas partes el cierre metálico.

—¿Se supone que tengo que reptar? —protestó él.

—En tu familia sois demasiado altos —replicó ella mientras paraba el mecanismo para que pudiera salir.

En la calle el aire era tan pesado que parecía sucio. De nuevo, Daphné se alegró al pensar que se iba a La Jouve. Entre los bosques de Asse y de Valène, a casi trescientos metros de altura, haría un poco más fresco. Solo quedaba escapar del tráfico denso de Montpellier.

—Tu tienda es realmente bonita —constató Dimitri a la vez que se acomodaba en el Mini rojo.

Apretujado en el asiento delantero, observaba la fachada principal y el rótulo de La Bodega de Daphné. Un lugar muy apreciado por los conocedores que constituían su clientela.

—¿El negocio va bien en estos tiempos?

—No me puedo quejar. Como suele ocurrir, en verano he vendido sobre todo rosado, pero con la llegada del otoño y la temporada de caza, ¡pasaremos a cosas más serias! A propósito, el viernes que viene organizo una cata. ¿Te apuntas?

—¡Como para perdérmelo!

Para Dimitri, todo lo que se olía, se respiraba y se probaba tenía interés. Era perfumero, y se pasaba el día oliendo y mezclando aromas, hasta el punto de que había tenido que instalar un taller en una de las dependencias de La Jouve. De carácter muy independiente, habría preferido seguir trabajando en su casa, como en los inicios de su carrera, pero conforme había ido teniendo éxito en su trabajo, su apartamento, situado en una de las tortuosas callejuelas del casco viejo de Montpellier, se le había quedado pequeño. Dos o tres veces por semana subía a La Jouve y se encerraba durante horas en lo que llamaba su laboratorio. Como es natural, Max y Nelly estaban encantados con esa decisión. Su hospitalidad no era solo legendaria, les encantaba que la casa estuviera llena de gente y se utilizaran todos sus edificios. Maximilien ejercía su papel de patriarca con una pizca de ostentación mientras Nelly se realizaba plenamente en los fogones. La mayor felicidad para ella era reunir a su familia entorno a la mesa; no se cansaba de repetir que La Jouve era y sería siempre el hogar de todos. Originariamente, la casa llevaba el nombre de Lo Jouvènto, que significaba «la jovencita», y había acogido una pequeña industria de cría de gusanos de seda. Alto y vasto, el edificio principal parecía construido para resistir los embates de todos los climas. Las paredes ocre y las persianas azules de la propiedad la distinguían del resto, así como las seis chimeneas que se erguían en su tejado de pizarra. En su interior, tres generaciones se las ingeniaban para convivir en alegre desorden.

—Esta noche hay gambas a la barbacoa —anunció Dimitri.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha llamado Mamá, quería que le llevara velas perfumadas.

El año anterior había trabajado para dos palacios parisinos deseosos de poseer su propia fragancia en esas ceras aromáticas que arden en las mesas bajas de los bares y los salones.

—Por desgracia no me quedan, ¡ya se las había dado todas!

Cada vez que Dimitri creaba algo, Nelly quería ser la primera en descubrir la novedad, utilizarla y extasiarse. Actuaba así con cada uno de sus hijos, aplaudiendo sus éxitos y quitando importancia a sus fracasos. De no haber tenido una familia tan numerosa, quizá se habría comportado como una madre invasiva a fuerza de amor y de atenciones, pero eran decididamente demasiados. Tres hijos —pues, aunque uno de los tres hubiera muerto, seguía adorándolo—, dos hijas, un yerno y dos nueras, y tres nietos, sin contar a Maximilien, al que quería como el primer día: estaba demasiado ocupada para centrarse en un solo miembro de la tribu Bréchnac.

—A mi cata del viernes he invitado a un famoso enólogo que está de paso por Montpellier. Ha aceptado venir porque conocía a Ivan.

Flotó un pequeño silencio en el coche, hasta que Dimitri murmuró:

—Todavía le echas de menos, ¿verdad?

Se había vuelto hacia ella. Le dio unas palmaditas cariñosas en el brazo, como para disculparse por su pregunta.

—Sí —suspiró ella—, pero ya no pienso en él todos los días.

Lo miró, sin conseguir sonreír. Se parecía demasiado a Ivan, a lo que hubiera sido Ivan si no se hubiera matado ocho años antes. La misma estatura imponente, el mismo cabello rubio ceniza, los pómulos altos y la mirada de un gris desleído; en resumen, un aire de cosaco. Los tres hermanos estaban cortados por el mismo patrón, el que Nelly sabía hacer para los chicos, mientras que las chicas se parecían a Max, eran Bréchnac y no tenían nada de eslavas.

Cuando salieron por fin de la periferia, se metieron por las pequeñas carreteras secundarias y enfilaron rumbo a los bosques. Dimitri bajó del todo su ventanilla para sacar el brazo.

Cuando hubieran transcurrido unos instantes diría que el aire era más fresco allí. Daphné superó las últimas curvas, ahora ya tenía prisa por llegar. Sí, La Jouve era su nido, no le había tomado manía pese al accidente de Ivan. Al contrario, volvía siempre allí con alegría.

–Hace menos calor, ¿no? –constató Dimitri.

Daphné se echó a reír y enfiló el camino polvoriento.

Maximilien no tenía ni idea de qué hora era, sin embargo había visto declinar el sol y cambiar la luz. En su inmenso taller de escultura, que recorría de un extremo a otro, los rostros de mármol parecían observarlo con sus miradas ciegas. Casi cada día, Max venía a deambular entre sus obras pasadas, incapaz de reanudar el trabajo. Su inspiración se había agotado, era incapaz de crear nada desde hacía varios años. Tras la muerte de su hijo Ivan se había lanzado a una serie de composiciones sobrecogedoras, esculpiendo el mármol con furiosos golpes de cincel. Encerrado de la mañana a la noche, había perdido la noción del tiempo. A Nelly, cuando acudía a llamar a su puerta, le gritaba que le dejara en paz. Habitado por un furor rayano en la demencia, por fin había parido doce piezas «reventadas en el suelo». Eran tan realistas, tan torturadas y tan trágicas, que la crítica, unánime, había ensalzado a Maximilien Bréchnignac en su última exposición en París. Paralizadas en la piedra en el último instante de una muerte violenta, esas esculturas de tamaño natural parecían haber sido arrojadas al vacío antes de desarticularse. Expresaban todas el mismo estupor horrorizado, la misma incomprensión, y, aún hoy, cuando las contemplaba, Max volvía a sentir, intacta, la desesperación por su hijo perdido, y también por su talento, desaparecido para siempre.

Nelly había estado a punto de desmayarse al descubrirlas. Por primera vez en su vida se negó a asistir a la inauguración, y Max se marchó solo a París. La exposición, que fue un éxito, generó ventas, pero Max no fue capaz de separarse de una sola de esas

doce obras. Constituían el punto culminante de su carrera, tenía ese presentimiento, y al final pidió que las llevaran de vuelta a La Jouve en camión. Relegadas al fondo del taller, estaban colocadas en un orden preciso sobre el cemento, como un parterre de mártires del que Max no conseguía separarse del todo. Como consecuencia de ello, Nelly, a quien la sola visión de aquellas piezas la aterrorizaba, ya no ponía los pies allí. «Es tu terreno», decía, acariciándole la mejilla a Max, consciente de su dolor pero incapaz de ayudarlo.

El ruido de un coche atrajo su atención y se dirigió a la única ventana, situada en la parte de atrás, que le permitía ver el camino. Sí, era el Mini rojo de Daphné el que acababa de aparcar, y Dimitri salía a duras penas del habitáculo.

—Ah, Daphné, mi pequeña Daphné... —murmuró.

La adoraba porque había sido la esposa querida de Ivan, y también porque unas veces le hacía reír, y otras lo conmovía. «Eres una más de la familia —le repetía—, ¡muy distinta, pero una más!» Pues Daphné era muy diferente de sus dos hijas —demasiado previsibles para su gusto—, tenía don de réplica, fantasía y carácter; era exactamente la clase de joven despampanante por la que Max tenía debilidad.

En pocos minutos tendría que abandonar su taller para reunirse con su familia. Por suerte, nadie le preguntaría si había trabajado bien. Ya no esculpía, todo el mundo lo sabía, ya no resonaba ningún cincel cuando se encerraba en su taller, aunque se pasara allí el día entero. Sin embargo, no había renunciado del todo, todavía esperaba sentir de pronto una mañana el deseo irrefrenable de abalanzarse sobre la piedra para tallarla. Pero ¿tendría fuerzas si le ocurría esa dicha? Se estaba haciendo viejo, tenía setenta y tres años y le dolían todas las articulaciones.

Se apartó de la ventana y cruzó el taller a grandes zancadas. Veinte años atrás había mandado instalar en la pared norte cristales esmerilados en todas las aberturas, salvo en la de la puerta cochera, para que sus hijos no vinieran a asomarse a las ventanas. No le gustaba que le miraran cuando estaba creando, y esa

manera de aislarse del mundo sin renunciar a la luz lo había satisfecho durante mucho tiempo. Pero ahora a veces se sentía encerrado en un acuario.

—¡O en un museo! —masculló.

Parte de sus obras, adquiridas por fundaciones o museos, podían verse en París, Londres o Lisboa, y algunos aficionados al arte podían jactarse de poseer alguna. Sin embargo, si bien era verdad que la gloria había rozado a Max, no le había consagrado del todo. Era un artista relativamente conocido, que vendía bastante bien. No había logrado abandonar la esfera de los escultores de talento para acceder al mundillo de los genios adulados en vida, y no podía evitar sentir amargura por ello.

Salió en el momento en el que comenzaba a atardecer. Se anunciaba otra hermosa velada, sin duda Nelly habría puesto la mesa fuera, bajo el almez. Desde lejos, Max los vio moverse junto a la barbacoa que Vladimir acababa de encender. Los oyó reír, armar jaleo y entrechocar las copas al brindar. Durante un segundo se detuvo para mirarlos, emocionado. Por supuesto, los quería a todos, pero ¿acaso era aún digno de ellos, él, el patriarca respetado, el artista admirado? ¡Dios, si algún día supieran lo que había hecho! Si supieran quién era en realidad, de lo que era capaz y hasta dónde había llevado la mentira por omisión. Sus secretos eran solo suyos, los mantendría bien guardados hasta su muerte y se los llevaría con él a la tumba.

Se encogió de hombros en un gesto fatalista y se dirigió a los suyos con paso tranquilo.

Con la mirada perdida, Daphné observaba sin verla la corteza gris del almez. Oía las risas y las conversaciones a su alrededor, pero por el momento no le apetecía participar en ellas. Vladimir contaba anécdotas con su habitual sentido del humor, despellejando de paso sin malicia a algunos clientes. Desde siempre se jactaba de ser banquero «de proximidad», y su ambición no iba mucho más allá de la pequeña agencia local que dirigía.

Ninguna propuesta de traslado con ascenso lo había decidido a mudarse, nunca abandonaría Montpellier. Con treinta años ya decía que se le había pasado la edad, y desde luego no conseguirían hacerle cambiar de opinión ahora que tenía cuarenta y ocho. Su mujer, Diane, aprobaba esa vida tranquila que habían elegido, de hecho había cogido mucho cariño a la familia Bréchi-gnac y a La Jouve desde el primer día. Allí se habían casado, allí había crecido su hija Juliette hasta que se marchó a Estados Unidos a terminar sus estudios el año anterior, y no deseaban nada más. Pero no por ello eran personas sin interés. Vladimir era un hombre seguro de sí mismo, altruista, lo bastante sereno para pretender ser el elemento moderador de la tribu y, como primogénito de los cinco hijos de Max y Nelly, interpretaba de maravilla el papel de árbitro en los conflictos. Sus dos hermanos, al elegir de profesión la perfumería y la enología, habrían podido suscitar su envidia por su originalidad, pero ese no era el caso en absoluto. Vladimir quería a Dimitri como había querido a Ivan, y sentía una ternura desbordante y protectora por sus dos hermanas. El día que Max desapareciera, era evidente que tomaría el lugar de cabeza de familia sin que nadie buscara arrebatarárselo.

—¿En qué piensas? —preguntó en voz alta Maximilien mientras le tendía una copa a Daphné.

—En nada concreto. Estoy viviendo el momento, sin más.

—¡Eso es lo que hay que hacer! —aprobó Nelly—. Ya no nos quedan tantas veladas como esta, bonita, pronto estaremos junto a la chimenea.

—Y allí también estaremos muy a gusto —le recordó Dimitri, que ayudaba a Vladimir con la barbacoa.

—Siempre la encendéis mal —comentó Diane—, y mientras nos pasamos horas bebiendo.

Max rodeó con el brazo los hombros de Daphné y la sacudió con suavidad.

—No hacía falta que trajeras vino, hay que saber llegar con las manos vacías. Los demás no son tan detallistas, compórtate como una más de la familia.

—Es una manera de decir que de vez en cuando tendríamos que regalarles algo —le comentó Dimitri a Vladimir.

—¡Ni se os ocurra! —protestó Nelly—. El mal ejemplo lo da Daphné. A propósito, ¿me has traído las velas, Dimitri?

—No, pero pronto te enseñaré una sorpresa.

—¿Qué es? ¡Cuenta!

—Paciencia, mamá, paciencia...

Una cualidad que Nelly no poseía. Dejó una ensaladera sobre la gran mesa, se aseguró con un rápido vistazo que los niños no se acercaban demasiado a la barbacoa y desapareció de nuevo en el interior de la casa.

—No tienes muy buena cara —observó Max en tono preocupado.

Blandía el índice ante el rostro de Daphné con aire acusador.

—Eso es lo que ocurre cuando no se toman vacaciones. ¿Te vas a decidir por fin a cerrar unos días?

—No es buen momento, Max.

—Está organizando una cata para el viernes —anunció Dimitri.

—Me pasaré en cuanto cierre el banco —dijo enseguida Vladimir—. Y, si quieres, hazme un cartelito para que lo ponga en la sucursal, seguro que va gente.

Su amabilidad conmovió a Daphné, que tuvo que pestañear varias veces para contener las lágrimas. Max tenía razón, estaba cansada, desanimada a veces, necesitaba desconectar un poco. Sin embargo, no le apetecía nada tomarse unas vacaciones. Después de la muerte de Ivan, se había marchado dos veces con un viaje organizado a un destino lejano, pero no le había proporcionado ni distracción ni descanso. No le divertía lo más mínimo que unos solteros bronceados en busca de una aventura de una noche intentaran ligar con ella, prefería la tranquilidad de unos días a solas en un spa. Naturalmente, en ocho años no siempre había sido una viuda inconsolable, había tenido algún que otro flechazo, algunos hombres la habían cortejado, y había tenido incluso una relación de varios meses con un chico encantador que casi había funcionado. Daphné no era un ángel,

tenía deseos y necesidades que no buscaba reprimir, y disfrutaba del apoyo sin reservas de todo el clan Bréchnac. Tras dos años de duelo, habían empezado a sugerirle que rehiciera su vida, y ahora ya la empujaban a ello sin miramientos, asegurándole que acogerían con alegría al elegido. Eran capaces de ello, su cariño por Daphné ya no pasaba por Ivan o por el recuerdo de Ivan, sino que era ya por ella misma. En realidad, se habían convertido en su verdadera familia, mucho más que su propio padre, que la había criado solo y sin ganas, deseoso de librarse de ella en cuanto alcanzara la mayoría de edad. No lo veía a menudo, pues no tenía nada que decirle, mientras que en La Jouve se sentía en su casa.

Apoyada en el tronco del almez, Diane apuró su copa de un trago y soltó un suspiro de satisfacción.

—Un poquito más de verano, qué maravilla...

Dejó la copa vacía entre sus pies, en el suelo, aparentemente decidida a no volver a tocarla. Era enfermera a media jornada en el Hospital Universitario de Montpellier y aspiraba cada vez más a jubilarse pronto.

—Míralos qué empeño ponen con el fuelle, ni que su vida dependiera de ello —comentó con una sonrisa enternecida.

Vladimir y Dimitri se turnaban ante el carbón al rojo vivo mientras se susurraban confidencias.

—Cuánto se parecen —suspiró Daphné, que los miraba atenta.

Cuando aún vivía Ivan, ver a los tres hermanos juntos enseguida llamaba la atención por lo parecido de sus rasgos. Más que un aire de familia, una verdadera marca de fábrica. Pero observándolos con atención, se veía que Dimitri era el más alto y que sus ojos grises eran más claros, casi transparentes. Ivan tenía más encanto que los otros dos, y el rostro de Vladimir era más anguloso.

—A Nelly le encanta que se diga eso —prosiguió Diane—. Siempre ha estado tan orgullosa de ellos...

—Max también, ¿no?

—No es lo mismo. Ya lo conoces, ¡a Max le gustan las chicas, las mujeres, todo lo que lleve faldas! Además, sus hijos habrían podido hacerle sombra. Con Vlad no hay peligro, e Ivan ya no está aquí, pero Dimitri destaca. Porque crea, ¿entiendes? Y ese es el territorio exclusivo de Max, o al menos lo era.

Daphné esbozó una sonrisa. Con Diane, la franqueza nunca brillaba por su ausencia, a veces soltaba verdades terribles con un aire de lo más sereno. Pues, aunque quería mucho a todos los Bréchnac, conservaba sin embargo un juicio lúcido y sin concesiones con respecto a ellos.

—Pero y ¿dónde narices están las chicas? —bramó Max—. ¿Es que no vamos a poder cenar nunca?

—Béatrice ha ido a buscar a Ève al taller de costura —contestó Nelly, que volvía con la fuente de gambas marinadas.

Se la dio a Vladimir y se reunió con su marido.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, poniéndole bien el cuello del polo—. He preparado arroz con azafrán y tomates con ajo.

En su cocina, donde reinaba con su hija Béatrice, siempre había algo rico preparándose, algo cociéndose a fuego lento, algo en el horno o algo enfriándose. Béatrice, que prefería el papel de ama de casa por encima de cualquier otro, conocía ya todas sus recetas, incluso las más secretas, y se aventuraba a veces a inventar las suyas propias.

—La barbacoa está casi lista —anunció Dimitri.

—¿Casi? —protestó Diane.

No obstante, aprovechó para recuperar su copa y tendérsela a Max, que estaba sirviendo otra ronda.

—Bebo demasiado —constató ella—. ¡Si por lo menos estos aperitivos no durasen horas! Para cuando terminemos de cenar ya tendremos que encender las antorchas, y todo se llenará de mosquitos y de polillas.

Béatrice y Ève aparecieron por fin desde detrás de la casa, aferradas del brazo. Las dos hermanas se llevaban de maravilla, pero a veces discutían como arpías. Los siete años que se llevaban

y sus caracteres, diametralmente opuestos, no suscitaban rivalidad alguna entre ellas, al contrario, pues se ayudaban la una a la otra.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó Ève, precipitándose hacia Daphné—. Hace al menos tres días que no subes a vernos, malqueda. ¿Es que estabas enfadada?

—Tengo mucho trabajo —se defendió Daphné.

—¿Y? Yo también estoy hasta arriba de trabajo. Aquí la única que se pega buena vida es Béatrice, ya lo sabes.

Lo decía sin maldad ninguna. Su hermana mayor había elegido quedarse en casa para criar a sus dos hijos pequeños, y eso le parecía de lo más respetable. Pero, en lo que a ella respectaba, no quería ni oír hablar de casarse ni de tener hijos, y menos aún de tareas domésticas. «Puede que me quede soltera, pero ¡desde luego habré disfrutado de la vida!», repetía, con una sonrisa de chiquilla que no quiere crecer.

Un chisporroteo anunciaba que Dimitri y Vladimir empezaban a asar las gambas en la rejilla de la barbacoa.

—¡A la mesa! —exclamó Nelly.

Ella se sentó la primera, según era tradición en la familia, y luego se fueron acomodando todos como les parecía. Salvo Max, que presidía obligatoriamente, no había sitios fijos, cada uno podía seguir charlando con el vecino de mesa que quisiera. Sin consultar a nadie, Ève y Béatrice se sentaron a ambos lados de Daphné, decididas a cotorrear sin parar. Oscurecía ya detrás de los grandes árboles, bañando la mesa en una luz casi rosa. Daphné soltó un suspiro de satisfacción, feliz de estar donde estaba y de sentirse tan bien allí.

Hacia la una de la madrugada Nelly se consideró por fin satisfecha de la limpieza de su cocina. Todos habían subido ya a acostarse, incluso Dimitri y Daphné, que preferían quedarse a dormir allí cuando bebían más de la cuenta en la cena. A la mañana siguiente no tendrían más que levantarse temprano para volver a Montpellier.

De un golpe de trapo fulminante, Nelly aplastó un mosquito contra la pared, y luego limpió la mancha con una esponja.

—Maldito bicho, estaba lleno de sangre, ¡ya había picado a alguien! —masculló.

Se recolocó una horquilla que se le escapaba del blanco moño y se quitó el delantal. Antes de irse a la cama, decidió prepararse una infusión para saborearla en paz, en el silencio de la noche. Desde que le había cedido su taller de costura a su hija Ève, la cocina se había convertido en su reino. Dos bancos de madera flanqueaban la larga mesa que provenía de un monasterio, y unas cuantas sillas bajas de estilo provenzal se alineaban delante de la chimenea, en cuyo hogar hubiera cabido un hombre de pie, de grande como era. Esa era la habitación más amplia de toda la casa, la más cálida y, al cabo del tiempo, había acabado por convertirse en la sala de estar. De la mañana a la noche, unos y otros entraban y salían, conversaban, se interpelaban y se demoraban allí a tomar algo, tanto es así que, en determinados momentos, el lugar parecía un cuartel general de campaña.

Taza en mano, Nelly se instaló en el asiento más cómodo, una butaca cabriolet de mimbre, algo desgastada, colocada junto a un aparador de nogal. En el jardín, el canto de las cigarras empezaba a atenuarse por el relativo frescor que la noche había traído consigo. Se quedó escuchando un momento los ruidos familiares de la casa, los crujidos de la madera, el gruñido lejano de un sueño agitado y el roce contra una puerta de un gato errante. Toda su familia estaba ahí, bajo el techo de La Jouve, salvo su nieta Juliette, que estaba en Estados Unidos y, por supuesto, Ivan, que descansaba en el cementerio.

Pensar en Ivan era menos doloroso que hacía ocho años, pero al final siempre era como remover el cuchillo que tenía clavado en el corazón. ¿Cómo había podido resistir a un dolor así? Al suyo se había añadido el de Max, el de Daphné y el de todos los demás. Mutilado, el clan Bréchnignac había sobrevivido; sin embargo, y, aunque su herida se había cerrado, quedaba una fea cicatriz.

Nelly se estremeció e hizo un esfuerzo por ahuyentar a Ivan de su cabeza antes de que la invadiera del todo y le hiciera llorar una vez más. Prefería pensar en momentos mejores, recordar por ejemplo cómo se habían conocido Maximilien y ella. Nelly no se cansaba nunca de evocar ese recuerdo. En 1957, en París, ¡Dios, qué jóvenes eran! Max la había llevado al cine a ver *El puente sobre el río Kwai*, pero no era a los encantos de Alec Guinness a los que se había rendido Nelly. Maximilien Bréchnignac, joven e impetuoso escultor, la turbaba, le hacía palpitar. En la oscuridad de la sala había sentido que todo su ser ardía cuando él le había tomado la mano. En esa época Nelly contaba apenas veinte años y trabajaba con su madre en el taller de costura familiar. Ese taller tenía una historia, la de los padres de Nelly, los Iakov, emigrados rusos que, pese a soportar una desilusión tras otra, no habían perdido las ganas ni el empuje. Él, como tantos otros refugiados de su país, era taxista, y ella se pasaba las noches cosiendo hasta estropearse la vista. Sin embargo lo habían conseguido, se habían abierto camino a trancas y barrancas, y la madre de Nelly había logrado montar un pequeño negocio de confección para las burguesas de su barrio. Ni siquiera la Segunda Guerra Mundial había podido desviarla de su objetivo. Durante los bombardeos, seguía dibujando figurines en lugar de bajar a los refugios. Una mujer extraordinaria, con sus trenzas rubias enrolladas alrededor de la cabeza y su mirada de agua clara, casi transparente. Nelly había heredado de ella una voluntad de hierro, un precioso rostro de muñeca rusa de ojos grises y, por último, el famoso taller de costura.

De su infancia y su juventud, pasadas en un apartamento exiguo de la place Clichy y entre las modistillas del taller, que eran todas emigrantes, Nelly conservaba el recuerdo de relatos increíbles que describían la revolución de los bolcheviques, el ejército rojo entrando en Petrogrado y tomando el control de Moscú y la matanza del zar y toda su familia. Había leído a los autores rusos, había querido aprender esa lengua que le parecía deliciosamente cantarina y había reunido una pequeña

colección de samovares. Y, por supuesto, arrullada por todo ese lirismo, soñaba con el Príncipe Azul.

Maximilien no era exactamente el príncipe esperado, pero tenía lo necesario para gustar. Su padre era un artista, pintor, lo cual imponía más que un simple taxista. Max era un verdadero parisino, un auténtico seductor, y acababa de alquilar un pequeño taller donde, a la luz de una gran cristalera, esculpía a inspirados golpes de cincel. Allí también invitaba a innumerables amigos los ratos que le dejaban libres sus clases en la Escuela de Bellas Artes, y en su casa siempre había ambiente festivo. Convirtió a Nelly en la reina de sus fiestas y, una noche, de rodillas y con una mano en el corazón, le pidió la mano.

Nelly conoció entonces a Roger, el padre de Max, ese pintor de convicciones revolucionarias que sostenía haber llamado a su hijo Maximilien en honor a Robespierre. Nada más casarse había pasado sus primeras vacaciones en La Jouve, lugar de veraneo de los Bréchnac desde hacía mucho tiempo. Para ser comunista, ¡Roger poseía una segunda residencia bien hermosa!

Tras varios años de una vida de pareja dedicada sobre todo al amor, el trabajo y las salidas, casi cada noche, Max y Nelly habían tenido dos niños, Vladimir y Dimitri. Béatrice había llegado algo más tarde, seguida de Ivan, y por fin Ève. De común acuerdo, Nelly eligió los nombres de los chicos, y Max, los de las chicas. Los sucesivos nacimientos los obligaron a mudarse varias veces a casas más grandes, pero Max conservó el taller de escultura de sus inicios, donde se encerraba todo el día. Empezaba a hacerse un nombre, exponía a menudo, y sus obras se vendían bien. Por su lado, Nelly se apañó para conciliar sus obligaciones como madre de familia numerosa con la responsabilidad de dirigir un negocio. Contrató a dos costureras más para ayudarle a cumplir con todos los encargos, pues no se planteaba siquiera cerrar ese taller que le recordaba tanto a su madre y que suponía una fuente de ingresos nada desdeñable.

Poco después de nacer Ève, la benjamina, Max decidió de buenas a primeras que tenían que abandonar París. Cinco niños

en un apartamento lo desquiciaban, y en su taller se acumulaban ya tantas esculturas que no podía moverse libremente. Como había heredado La Jouve al morir su padre, le parecía el lugar ideal para ver crecer a sus hijos y ejercer su profesión con todo el espacio que necesitaba. Sobre todo porque estaba atravesando un periodo de gigantismo y quería esculpir colosos de piedra.

A Nelly le costó aceptar esa decisión. Por un lado estaba feliz de ocupar La Jouve, que le gustaba mucho, pero a la vez le desesperaba la perspectiva de tener que vender su taller de costura. Max le hizo reflexionar, la tranquilizó y le mostró todas las ventajas de vivir allí. De hecho, ¿qué le impedía montar un pequeño negocio en Montpellier o, mejor aún, en uno de los numerosos edificios anejos a La Jouve? ¡Tendrían así cada uno su taller, y sus hijos crecerían al aire libre! Nelly se dejó convencer, y por fin, en 1975, se mudaron.

Estaban casados desde 1959 y seguían enamorados. No tardaron en sentirse como en casa en La Jouve. Vladimir tenía trece años; Dimitri, once; Béatrice, siete; Ivan, cinco, y Ève, tan solo unos meses. La propiedad contaba con diez habitaciones, era maravilloso disponer de tanto espacio, los niños enseguida fueron felices allí. Nelly, que no daba abasto en su nueva instalación, encontró no obstante el tiempo de instalar sus máquinas de coser y sus hojas de dibujo en el mismo lugar donde cien años antes se habían criado gusanos de seda. Inspeccionó los talleres de costura y las tiendas de telas de Montpellier, los pequeños fabricantes e incluso los almacenes de ropa antes de ponerse manos a la obra. Para la confección a medida siempre habría clientas, estaba convencida de ello.

Por supuesto, Max no le ayudaba en nada, abortó como estaba en su serie de colosos. Fue precisamente en esa época cuando Nelly recibió una llamada de socorro de una de sus antiguas empleadas del taller parisino. Esa mujer tenía un hijo, Anton, un muchacho de veintidós años, en paro, que buscaba desesperadamente un empleo, mejor si era en el campo pues no le gustaba la ciudad. Nelly aprovechó la ocasión, necesitaba un factótum

para arreglar gran parte de los edificios de La Jouve, que exigían reformas. Al muchacho se le daba bien esa clase de trabajo, de modo que cerraron el trato, y Anton llegó a Montpellier una semana más tarde, con un contrato de prueba. Treinta y cinco años después allí seguía, y era parte de la familia.

Vladimir fue el primero en abandonar el nido. Se enamoró de una enfermera, Diane, con la que se casó en 1990, y se mudaron a un bonito estudio en Montpellier, donde acababa de encontrar trabajo en un banco. Dos años después nació Juliette, que se quedó de hija única, pues tal era el deseo de ambos. Juliette era la primera niña de la nueva generación; al venir al mundo convirtió a Nelly y a Max en abuelos; comenzaba una nueva etapa.

Naturalmente, toda la familia estuvo loca con la niña desde el primer día. Tanto es así que Diane, cansada de subir y bajar de La Jouve con la pequeña a cuestas, acabó por sugerir que sería mejor mudarse allí. Vladimir, encantado, aceptó de inmediato volver «a su casa», ¡donde había tanto espacio que nadie molestaría a nadie! Sobre todo porque hacía tiempo que Dimitri se había marchado, e Ivan, a su vez, no iba a tardar en irse.

Ambos hermanos habían elegido sus respectivos caminos en el terreno de los aromas, a saber por qué. ¿Quizá por los efluvios de garriga y de lavanda, de sotobosque y de violetas que bañaban La Jouve? Dimitri se inscribió en la Universidad de Montpellier II, en industria química y farmacéutica, y se especializó en la rama de perfumería; luego se fue dos años a Versalles a hacer un máster en el ISIPCA, el Instituto Superior Internacional del Perfume. Después trabajó un tiempo en Grasse y, de vuelta por fin en Montpellier, se endeudó para comprar un bonito apartamento de dos habitaciones con terraza. Mientras tanto, su hermano Ivan se licenció en bioquímica agrónoma y luego se marchó a Burdeos, a la Facultad de Enología, para sacarse el diploma nacional.

Maximilien no entendía en absoluto las vocaciones de sus hijos. Con esfuerzo alcanzaba a ver el de banquero como un

oficio necesario aunque siniestro, pero los perfumes y los vinos se le antojaban ámbitos de verdad oscuros. Por ello, el éxito profesional de Dimitri primero, y más tarde el de Ivan, le parecían del todo extraordinarios.

Béatrice, que no tenía muchas aptitudes para los estudios ni muchas ganas tampoco de lanzarse a ninguna actividad en concreto, se casó en 1995 con un hombre encantador. Hubert era psiquiatra, trabajaba en el mismo hospital que Diane, y fue ella quien se lo presentó a su cuñada. La familia entera buscaba presentarle candidatos a Béatrice, pues todos querían verla por fin asentada. Como solo se sentía a gusto en La Jouve y apenas salía de allí, había que traerle los chicos hasta la casa con distintos pretextos. Pero fue Diane quien salió vencedora, una victoria rotunda pues Béatrice y Hubert tuvieron enseguida dos niños, Louis y Paul.

El clan Bréchignac se agrandó al acoger a un yerno y dos retoños más; Nelly estaba feliz, y Max trabajaba mucho. Se pasaba los días encerrado en su taller de escultura, del que solo salía para presidir las cenas familiares, y el resto del tiempo se marchaba a París. Conservaba allí su pequeño taller de la cristallera, que le servía de sede para sus estancias en la capital, en las que trataba con marchantes y críticos de arte y veía a sus numerosos amigos. A veces, a Nelly le daba qué pensar la frecuencia de los viajes de Max. Por supuesto, un artista debía dejarse ver y multiplicar los contactos, pero se sentía excluida de una parte de la vida de su marido. Sí, le daba qué pensar, pero casi enseguida volvía a dejarse arrastrar por el torbellino de La Jouve, donde todos entraban y salían sin parar. Era realmente una casa abierta, cada cual traía a sus amigos, las habitaciones estaban siempre ocupadas y nunca faltaban comensales alegres a la mesa.

En 1998 se casó Ivan. Tenía veintiocho años, Daphné, veintidós, y estaban locamente enamorados el uno del otro. A Ivan le apasionaba su profesión —la enología—, y cosechaba muchos éxitos en las explotaciones vinícolas y las empresas del ramo en las que trabajaba. Juntos, Daphné y él decidieron seguir el

ejemplo de Max y Nelly en su juventud: a saber, concederse unos años de felicidad ellos solos antes de pensar en tener hijos. Como era su costumbre, el clan Bréchnac acogió a Daphné en su seno con alegría, pero en su caso fue aún más flagrante que con los otros cónyuges. En pocos meses se convirtió en la preferida de Max, y de casi toda la familia. Era divertida, cariñosa, sensible, y derrochaba encanto y fantasía, en resumen, que era un amor de chica, y tenía obnubilado a Ivan. Juntos se divertían como niños, y su felicidad contagiaba a todo el mundo.

Y luego vino ese año negro, horrible: 2002. ¿Quién hubiera podido imaginar que una tragedia tan injusta se abatiría sobre La Jouve? Ocurrió uno de esos maravillosos domingos de mayo, uno de esos días con un cielo de un azul profundo y un sol radiante. La clase de domingo en que apetece estar todo el día al aire libre, no levantarse de la mesa hasta las cinco de la tarde para echarse una buena siesta en una hamaca entre dos árboles. Para almorzar Nelly había previsto pollo de corral al estragón con un gratén de verduras, según una receta de su invención. Junto al almeiz, los aromas que se elevaban del jardín volvían loco a Dimitri, que olisqueaba el aire como un perro de caza. Iban por el segundo aperitivo y solo faltaban por sentarse a la mesa Maximilien e Ivan. Daphné estaba contando una anécdota desternillante cuando unos gritos inhumanos los dejaron a todos petrificados. Durante un segundo se quedaron estupefactos, sin comprender. Dimitri fue el primero en reaccionar y se dirigió a la casa con paso decidido. De allí salía Maximilien, justo en ese momento, con aire extraviado, enajenado. Ya no gritaba, solo gruñía y resoplaba. Dimitri lo detuvo, y farfulló unas palabras ininteligibles que sin embargo precipitaron a su hijo hacia la puerta. Los demás seguían inmóviles, con los ojos fijos en Max, que se agarraba la cabeza con ambas manos. Lentamente, cayó al suelo de rodillas, y allí se quedó, postrado, hasta que volvió Dimitri. Cuando este reapareció en el umbral, lívido, Vladimir fue a su encuentro. Los dos hermanos intercambiaron unas frases en voz baja y, mientras Vladimir desaparecía, móvil en

mano, Dimitri dio unos pasos hacia Daphné, con los brazos abiertos. La expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas, y entonces fue Nelly quien se puso a gritar.

Del caos que siguió a esos dos o tres minutos Nelly solo conservaría el recuerdo de sus dos hijas aferrándose a ella para impedirle entrar en la casa. Hubert le hablaba con su voz grave, pero ella no entendía lo que le decía. Más tarde, mucho más tarde ese día, después de tomarse las pastillas que le dio Hubert, después de que se fueran la ambulancia y los gendarmes, logró por fin escuchar a Max. Este repetía sin descanso lo mismo: Ivan inclinado sobre la barandilla para hablarle, él contestándole con la cabeza levantada, y luego esa caída incomprensible: el cuerpo de Ivan cayendo al vacío y estrellándose contra el suelo, a sus pies. Una pesadilla, una abominación. Ivan con los ojos abiertos, muerto en el acto, desnucado. Los gritos habían sido de Max, a Ivan no le había dado tiempo. Sí, es cierto, la barandilla era muy baja en el rellano, pero todo el mundo lo sabía, desde siempre.

Lágrimas, un río de lágrimas toda la tarde y toda la noche. Daphné en todo momento en brazos de Dimitri, desfigurada por el dolor. Nelly, cuyo corazón, a cámara lenta, parecía querer dejar de latir. Hubert yendo de unos a otros, el único capaz de dominarse. Anton había alejado a los niños, se había pasado horas leyéndoles cuentos hasta que se quedaron dormidos. Una velada fúnebre que los dejó a todos marcados para siempre.

Ya desde el día siguiente, Max se encerró en su taller. De no ser por eso, quizá hubiera perdido la razón. Al principio no hacía nada, se quedaba allí sin más, con la cabeza entre las manos, hasta que, al cabo de diez días, oyeron el cincel abatirse sobre el mármol. Durante ese tiempo, Diane cuidaba de Nelly con gestos de enfermera y todos los demás rodeaban y sostenían a Daphné. Fue durante ese período de duelo cuando pasó del estatus de nuera al de hija. Béatrice y Ève la convirtieron en su hermana, los Bréchnac la hicieron una de los suyos; literalmente, la digirieron. Podría hacer con su vida lo que quisiera —y, de antemano, nadie le disputaba el derecho—, pero era de

los suyos para siempre. Incluso Max, cuando salía de su taller, a la primera que daba un beso era a ella.

Poco a poco la vida retomó su curso. No había más remedio, por los niños: Juliette tenía diez años, Louis, tres, y Paul, dos. Vladimir y Dimitri se emplearon a fondo para que volviera un poco de alegría a La Jouve, como si quisieran hacer olvidar la ausencia de su hermano en las reuniones familiares y en las fiestas señaladas. Pasaron seis meses, el tiempo que tardó Max, que se entregaba con furia a sus bloques de mármol, en terminar su extraordinaria serie de estatuas «reventadas contra el suelo».

Nelly solo había visto una vez esos horrores de realismo sobrecogedor y no quería recordarlos bajo ningún concepto. Sin embargo, esa noche, en la cocina, donde por fin se había quedado dormida con su infusión ya fría a su lado sobre el aparador, los rostros de aquellas estatuas poblaron sus pesadillas. Y, cuando se despertó sobresaltada, con el cuerpo entumecido, se dio cuenta de que, una vez más, había llorado en sueños.